

# LA FAMILIA Y LA TAREA EDUCATIVA

## Una pedagogía del amor

VICTOR GARCIA HOZ

El Documento preparatorio del Sínodo dedica su tercera parte a la misión cristiana de la familia. Dentro de esa parte se hace una obligada referencia a la educación. La presente ponencia se refiere a la misión educativa y pretende aportar alguna idea para el desarrollo del apartado I. 3, relativo a *La educación en el seno de la familia*.

### 1. *¿Es hoy necesaria la familia?*

Ante las características de nuestra Sociedad y sus efectos negativos sobre la familia, tal vez sea interesante empezar por interrogarnos si, en las condiciones actuales del mundo, la institución familiar sigue ejerciendo una influencia clara en la formación de las personas que la integran.

La evolución de la sociedad industrial y técnica ha introducido profundas modificaciones en la vida humana. Por lo que se refiere a la institución familiar, ésta vio recortadas sus posibilidades ya que las nuevas formas de trabajo debilitaron la cohesión de la familia tradicional. Las grandes sociedades sustituyeron de algún modo la acción formativa de los pequeños grupos sociales. La disminución de la influencia religiosa, ante la progresiva secularización de la humanidad, no dejó de tener influencia en la familia, que ha revestido desde sus orígenes un cierto carácter sagrado. El desarrollo técnico, de alguna manera, viene a debilitar la influencia de las relaciones personales, típicas de la vida familiar.

Los hechos que se acaban de resumir redujeron de algún modo el vigor de la acción familiar. Concretamente, en el terreno educativo, el propio desarrollo de la ciencia contribuyó a crear la mentalidad de que la educación habría de resolver sus problemas únicamente por vías técnicas, dejando marginados los factores personales que van siempre implicados en toda relación educativa y que son la principal vía de influencia familiar.

Esta situación de menosprecio o de olvido de la familia podemos considerarla predominante en muchos ambientes de la Pedagogía académica durante más de la primera mitad de este siglo.

Pero a partir de los años sesenta las actitudes han cambiado. Cuando en la mencionada década el movimiento de rebeldía estudiantil rebasó los límites de las instituciones universitarias hasta llegar a preocupar a la sociedad entera, desde los mismos medios pedagógicos que antes habían olvidado o despreciado a la familia, surgieron voces pidiendo que la institución familiar volviera a tomar sus responsabilidades educativas. En ese sentido resulta muy ilustrativo un texto del *New York Times* en el que se comentaba la situación y los problemas educativos en los comienzos de 1968, cuando las perturbaciones universitarias habían conmovido a los Estados Unidos, al Japón y Alemania, y alboreaba el Mayo francés: "Durante muchos años los educadores americanos insistían en que si sólo a ellos les fuese permitido enseñar un orden social mejor, y enseñar *sin interferencias de la familia*, la mayoría de los problemas americanos podrían ser resueltos. Hoy, con tristeza, pero más juiciosamente, los educadores dicen que son injustamente acusados por fracaso de su actividad, cuando de hecho el resto de la sociedad, *incluyendo a la familia* rehusa tomar sobre sus hombros la parte que le corresponde en la pesada tarea"<sup>1</sup>.

Nada tiene de particular el cambio de mentalidad recogido en el texto que se acaba de reproducir, puesto que, quiérase o no, la familia sigue estando en el fondo de todos los problemas de la vida y de la educación<sup>2</sup>. Por lo que a la educación en la familia se refiere, basta hacerse cargo de que en los estudios sobre una situación extrema como la delincuencia, surge el hecho innegable de la correlación entre la defectuosa vida familiar y la criminali-

1. *The New York Times*, 12 enero, 1968 (el subrayado es mío).

2. Cfr. P. CHAUNU, *La familia, la educación y el niño en la Historia*, Conferencia pronunciada en el III Congreso Internacional de la Familia, Instituto para la Cooperación Universitaria, Roma, octubre 1978.

dad<sup>3</sup>. Pero no sólo en situaciones extremas se pone de relieve la importancia de la familia en la educación de la juventud. También en las condiciones que podremos llamar normales en la vida escolar es clara la relación existente entre las condiciones familiares y el rendimiento escolar, en sentido estricto, de los estudiantes<sup>4</sup>. Y en las que pudiéramos llamar nuevas preocupaciones de la sociedad, relacionadas con la rebeldía juvenil se ha podido decir que “uno de los más sorprendentes hallazgos de este estudio (el de la personalidad de los líderes de la rebeldía) es la gran semejanza entre las familias de los estudiantes alienados”<sup>5</sup>.

A pesar de este patente cambio de actitudes, la situación de alguna manera continúa de tal modo que hoy se puede hablar de un hecho paradójico: la abundancia de la educación y la insatisfacción ante los resultados educativos.

Hoy hay más escuelas, absoluta y relativamente hablando, que jamás hubo. Hay más puestos escolares, tanto en las instituciones de educación infantil cuanto en las de educación superior. Parece que las gentes habrían de estar más satisfechas que nunca con el desarrollo de la educación y justamente acontece lo contrario. Se tiene la impresión de que a medida que se extienden las instituciones escolares se extiende también el disgusto.

Hechos llamativos como las algaradas estudiantiles, la rebeldía juvenil, la delincuencia, la inseguridad, la miseria, y la violencia extendidas por el mundo, el paro laboral, la desorientación ética y social, son otras tantas manifestaciones de que la comunidad humana se halla muy lejos del ideal. Otros indicadores más difíciles de aprehender, menos aparentes pero no menos reales operan en el ámbito de la intimidad personal. El miedo ante la vida, la agresividad incontrolada, la incompetencia profesional, la ignorancia, la desorientación indefensa ante tantas solicitudes contradictorias que al hombre se le ofrecen, la ceguera ante el sentido

---

3. Véase, a título de ejemplo, la obra clásica en España de J. J. PIQUER Y JOVER, *El niño abandonado y delincuente*, C.S.I.C., Madrid 1946.

4. La simple configuración de la familia es un factor influyente en el rendimiento de los alumnos. Pero el análisis de esta influencia presenta resultados contradictorios que han de ser cuidadosamente apreciados. Cfr. los recientes estudios de W. VELANDIA, G. M. GRANDOM and W. W. PURKEY, *Family Size Birth Order, and Intelligence in a Large South America Sample*, en “American Educational Research Journal”, 15, 3 (1978), pp. 399-417 y el estudio de contraste de E. B. PAGE and G. M. GRANDOM, *Family Configuration and Mental Ability: Two Theories Contrasted with U.S. Data*, en *Ibid.*, 16, 3 (1979), pp. 257-273.

5. K. KENISTON, *Youngs Radicals*, Harcourt Brace and World, New York 1968, p. 337.

de la vida, la falta de amor, la incapacidad para la vida familiar, son también manifestaciones de la silenciosa frustración personal que se rumia cuando el hombre insatisfecho se encuentra consigo mismo.

Ante el fracaso, o, si se quiere, ante la falta de resultados satisfactorios del sistema escolar, varias reacciones se pueden percibir de entre las que vale la pena destacar dos; la creciente preocupación de los padres por tomar parte en orientar básicamente las escuelas donde se han de educar sus hijos y la reincorporación de los elementos de la "familia extensa"<sup>6</sup> a la tarea formativa de la infancia y la juventud. El interés que despierta en todos los países la política educativa y la tendencia a lo que se pudiera llamar reagrupación familiar, claramente perceptible en estos últimos años, son signos de las tendencias que se acaban de señalar.

Tal vez valga la pena detenernos un momento en el fenómeno que he llamado "reagrupación familiar". Parece que la familia nuclear, la constituida únicamente por padres e hijos, ha venido a sustituir a la familia alargada, propia de civilizaciones rurales. Las comunas familiares de uno y otro signo y sobre todo el hecho recogido en las exploraciones sociológicas de que, al menos en los países mediterráneos, los nuevos matrimonios no se alejan mucho del lugar en que viven sus padres a fin de poder seguir contando con su ayuda en el desenvolvimiento de la vida familiar<sup>7</sup>, muestran claramente que la vida de familia se impone con nuevo vigor. Si a esto añadimos el hecho entrañable y curioso de que con la incorporación de la mujer al mundo laboral se vuelven los ojos hacia las abuelas, tanto en los países capitalistas cuanto en los comunistas, tendremos un indicio más de que a pesar de la evolución y aun las conmociones sociales, el hombre de hoy sigue necesitando a la familia<sup>8</sup>.

---

6. Hablo aquí de "familia extensa" para denominar la formada por padres, hijos y otros parientes, especialmente abuelos y tíos, en contraposición a la "familia nuclear" compuesta exclusivamente por padres e hijos. La familia extensa, ejemplificada en la familia patriarcal donde conviven varias generaciones, se considera típica de la tradicional sociedad rural, mientras la familia nuclear se considera típicamente moderna, expresión de la sociedad industrial.

7. Cfr. L. ROUSSEL, *La famille après le mariage des enfants*, P.U.F., Paris 1976, pp. 25-47.

8. En la URSS se recurre mucho a las abuelas que se consideran como "la institución más adecuada para educar las nuevas generaciones", ya que se han revelado más comprensivas y habilidosas que los pedagogos profesionales. Cfr. CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORRO, *Comentario sociológico. Estructura social de España*, 27-28 (1979), pp. 95-96.

## 2. Posibles puntos de vista

Tal vez sea interesante, para hablar de la misión y posibilidades educativas de la familia, recordar las palabras que Pío XI escribió en su Encíclica sobre la Educación Cristiana de la Juventud: "Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas ordenaciones cuanto de los buenos maestros"<sup>9</sup>. Parafraseando estas palabras se podría decir que las buenas familias son fruto no tanto de las buenas legislaciones cuanto de los padres que, egregiamente preparados, sepan cumplir sus deberes de cooperar con la obra divina en la procreación y la educación de los hijos.

Juan Pablo II, en su alocución *A los participantes en el Congreso sobre la Pastoral Familiar*, subrayó que a fin de que la familia cumpla su misión en la sociedad "hace falta una educación eficaz en la madurez integral, humana y cristiana, de los cónyuges, de los hijos, y de unos junto a otros"<sup>10</sup>. En estas palabras se puede entrever la idea de que la acción educativa familiar no ha de entenderse únicamente como estímulo a la perfección y al desarrollo de los hijos sino que alcanza a todos los miembros de la familia. Y, puestos a establecer un orden, tal vez no fuera aventurado decir que la educación de los padres, es anterior cronológicamente por supuesto, y también en importancia, a la educación de los hijos porque aquélla condiciona necesariamente la acción familiar.

Por otra parte, si se mira a las actividades y campañas que corrientemente se realizan con el fin de vigorizar la familia, fácilmente se percibe que se suele partir de una actitud defensiva con el fin de conocer las causas de las dificultades familiares tales como el divorcio, el hedonismo reinante, el ambiente extremadamente permisivo de la sociedad actual, y tantos otros condicionamientos externos que vienen a dificultar la influencia positiva en el desarrollo del hombre. Es completamente razonable esta actitud porque la institución familiar se ve amenazada desde muchas bandas. Pero si hay razón para estudiar estos males y buscar los remedios, no hay motivo suficiente para olvidar que resulta más eficaz tratar de los aspectos y factores positivos en lugar de anclarse en una visión de los condicionamientos negativos y en una

9. Pío XI, Enc. *Divini Illius Magistri*, n. 55.

10. JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso sobre la Pastoral Familiar*, 5-V-79, en *Juan Pablo II a las Familias*, ed. preparada por Teodoro LÓPEZ, "Biblioteca NTR", n. 7, Eunsá, Pamplona 1980, n. 121. En adelante nos remitiremos a esta obra para citar los textos de Juan Pablo II de los años 1978 y 1979.

actitud puramente defensiva. A esta idea responde sin duda el Documento presinodal cuanto señala que “las familias y sus asociaciones deben ser instruidas y ayudadas a intervenir en las iniciativas nacionales e internacionales que se esfuerzan por responder a los problemas de la familia”<sup>11</sup>.

Otra idea operante en esta ponencia es la de que para ayudar eficazmente a la familia no basta mirar a su alrededor y examinar los factores sociales que pueden facilitar o dificultar la acción familiar. Es necesario mirar a la familia misma, a los factores que “intra muros” operan cotidianamente, a fin de llegar hasta el fondo y descubrir cuáles son los factores determinantes de una vida pujante y feliz o frustrada y desgraciada. Sólo así se llegará a un conocimiento operativo del sentido y las posibilidades reales de actuación que la familia tiene. Trasladando esta idea al terreno jurídico-moral quizás pudiera inferirse que no basta con orientar a los padres para que sepan y puedan exigir sus derechos; es menester formarlos también para que sepan y puedan cumplir sus deberes. Y hasta pudiera pensarse que una conciencia clara de los deberes es lo que realmente da vigor y fuerza para la exigencia de los derechos. Juan Pablo II recomendó a los Obispos del Perú (20-X-1979) que propusieran y defendieran “los valores genuinos de la familia y del matrimonio cristiano”. No parece que haya mejor defensa ni más clara proposición que la realización de esos valores. En la misma ocasión Juan Pablo II enseña que “sólo manteniendo firmes esos valores, espirituales y humanos, la familia se consolida como célula social importantísima, y a la vez, como primer ambiente evangelizador”<sup>12</sup>.

### 3. *El amor conyugal: Instinto, sentimiento, voluntad.* *Querer querer*

En la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, se lee que la familia es una comunidad de vida y de amor<sup>13</sup> y en la *Lumen Gentium* se dice que el don del sacramento del matrimonio es “participar en el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia”<sup>14</sup>.

11. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo* (Para uso de las Conferencias Episcopales), Ciudad del Vaticano 1979, p. 49.

12. JUAN PABLO II, *Discurso a los Obispos de Perú*, 20-X-1979, o. c., n. 255.

13. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 48.

14. *Lumen Gentium*, n. 11.

En su homilía en el Seminario Palafoxiano de Puebla, Juan Pablo II recordó “que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor”<sup>15</sup>. A la luz de estas palabras está claro que hablar de la esencia de la familia es hablar del amor. Por otra parte, no parece aventurado pensar que, en última instancia, todas las dificultades de la familia nacen de un abandono o de una falsificación del amor. Y hasta podría decirse que si los cónyuges, fundadores de la familia, entendieran lo que es el amor y en sus actos fueran coherentes con esta idea, no habría problemas insolubles en la vida familiar. “Hablando del matrimonio, de la vida matrimonial, es necesario comenzar con una referencia clara al amor de los cónyuges”, dice con escuetas palabras el Fundador del Opus Dei<sup>16</sup>.

Dos ideas parecen fundamentales para llegar al concepto claro del amor como elemento de la vida familiar: la complejidad del amor conyugal y la posibilidad de desarrollo y fortalecimiento en el ámbito familiar.

En su discurso al CLER y al FIDAP (3.XI.1979) Juan Pablo II manifestó que “el amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los componentes de la persona —llamada del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad—; apunta a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un solo corazón y una sola alma; exige la indisolubilidad y la fidelidad en la donación recíproca y definitiva y se abre a la fecundidad”<sup>17</sup>.

En la enseñanza que contienen las anteriores palabras del Pontífice se alude bien claramente a los tres componentes del amor conyugal, el biológico, el sentimental y el voluntario.

Vale la pena insistir en el carácter complejo del amor en el que se integran unos y otros factores en la unidad de la persona humana. La llamada del instinto, el deslumbramiento sentimentista, son elementos componentes del amor conyugal. Han de ser vistos como dones de Dios que se integran en la unidad de la persona humana. Pero es menester insistir en que el amor es sobre todo operación de voluntad, decisión de darse a otros, que en el matrimonio se manifiesta en la “donación mutua de las personas”,

15. JUAN PABLO II, *Homilía en el patio del Seminario Palafoxiano de Puebla*, 28-I-1979, o. c., n. 64.

16. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 23.

17. JUAN PABLO II, *Discurso al CLER y al FIDAP*, 3-XI-1979, o. c., n. 279.

como claramente se dice en el Documento preparatorio del Sí-nodo<sup>18</sup>.

Si el amor de un hombre y una mujer fuera sólo biológico y sentimental, el ser humano se hallaría a merced de las veleidades del instinto y del puro sentimiento. Pero si el amor se entiende como operación de voluntad entonces el desarrollo y fortalecimiento del amor o su desaparición y olvido dependen de que el hombre realmente "quiera amar".

La inestabilidad del amor se justifica sólo en un concepto reduccionista. Así, el freudismo, al reducir el amor a pura atracción sexual, y el romanticismo, al reducirlo a mero fenómeno sentimental, quitan el fundamento de la estabilidad del amor, y dan pie para esas actitudes tan extendidas actualmente según las cuales si el "amor" que se tiene a una persona desaparece, no hay por qué seguir unido a ella. Y si un nuevo "amor" entra en el corazón no hay por qué resistir ese impulso. O si el cuerpo pide juntarse con un hombre o una mujer tampoco se debe reprimir ese instinto. El romantiscismo y el freudismo se dan aquí la mano para acrecentar la actitud burguesa del "dejar hacer" o "dejarse llevar"<sup>19</sup> típica de la sociedad permisiva en que vivimos. Por otra parte, marxismo y pragmatismo intentan desvanecer la responsabilidad personal del hombre en la estabilidad del amor. Si la persona humana es el resultado de programaciones biológicas o técnicas, o de factores económico-sociales, son éstos los elementos que condicionan la permanencia o la desaparición del amor<sup>20</sup>.

Sólo si el amor se entiende como operación de voluntad o, dicho de otro modo, como donación personal, se encontrará garantía de su continuidad en la propia decisión personal del hombre o de la mujer.

Es verdad que en el sentimiento no se manda directamente. Pero cuando al amor de sentimiento, inicial tal vez en la unión de dos personas de sexo diferente, se une la decisión voluntaria de entregarse a la persona amada, el sentimiento se ve reforzado por la acción de la voluntad. Esta encuentra su premio en el amor mismo.

En los impulsos fundamentales del amor, el impulso a la unión y el impulso a la benevolencia, inciden los elementos instintivos,

18. SÍNODO DE LOS OBISPOS, o. c., p. 12.

19. Cfr. V. GARCÍA Hoz, *Familia, Sexo, Droga*, Rialp, Madrid 1976, p. 114.

20. La concepción de la persona como *principio* o como *resultado* lleva como consecuencia el admitir o negar la posibilidad de que el propio sujeto influya con su decisión en la estabilidad de su amor. Cfr. *La libertad de educación y la educación para la libertad*, en "Persona y Derecho", 1979.



sentimentales y voluntarios. En el impulso a la unión hay factores instintivos, factores sentimentales y factores voluntarios sin que pueda decirse cuál es primero o segundo ni tampoco cuál sea prevalente. En el impulso a la benevolencia, al servicio de otro, existen los factores sentimentales y los factores voluntarios, pero se ve con claridad que aquí influyen mucho más estos últimos. Buscar el bien para los otros, servir a los otros, es algo que no se puede realizar si falta la voluntad de hacerlo.

En última instancia, el amor, o es generoso, o no es amor. Y vale la pena no enmascarar con apariencia de amor un egoísmo entre dos. En el Capitol Mall de Washington (7.X.1979), Juan Pablo II pronunció estas hermosas palabras: "El gran peligro para la vida de familia, en una sociedad cuyos ídolos son el placer, la comodidad y la independencia, está en el hecho de que los hombres cierran el corazón y se vuelven egoístas. El miedo a un compromiso permanente puede cambiar el amor mutuo entre marido y mujer en dos amores de sí mismos, dos amores que existen el uno al lado del otro, hasta que terminan en la separación"<sup>21</sup>.

Esta misma generosidad del amor da fortaleza al matrimonio para encarar con alegría las dificultades materiales que pueden surgir del hecho maravilloso de traer nuevos hombres al mundo. En la mencionada ocasión añadía el Romano Pontífice que "cuando se hable de un niño como de una carga, o se le considere como medio para satisfacer una necesidad emocional, nosotros intervendremos para insistir en que cada niño es don único e irrepetible de Dios, que tiene derecho a una familia unida en el amor"<sup>22</sup>.

En nuestros días, generalmente la familia se inicia con el enamoramiento, real o aparente, de un hombre y una mujer, que les lleva a unirse voluntariamente en matrimonio. Es una situación inicial en la que el amor pide una retribución inmediata. Se acepta con gozo el amor porque resulta un sentimiento placentero. A las palabras de amor la persona amada responde con expresiones semejantes. Las palabras, la presencia o la esperanza de la presencia de la persona amada llena la vida entera del enamorado; pero si hay un desacuerdo, si la respuesta no es la que se esperaba, si las palabras, las actitudes, o los actos de la persona amada no se acomodan a nuestro modo de ver, el amor sufre, se resquebraja se deteriora, empieza a disminuir. En tales ocasiones la voluntad del que ama se siente obligada a un esfuerzo de compren-

21. JUAN PABLO II, *Homilía en el Capitol Mall*, Washington, 7-X-1979, o. c., n. 238.

22. *Ibid.*, n. 243.

sión y esperanza; y ese esfuerzo aumentará más el amor. "Pobre concepto tiene del matrimonio —que es un sacramento, un ideal y una vocación—, el que piensa que el amor se apaga cuando empiezan las penas y los contratiempos que la vida lleva siempre consigo. Es entonces cuando el cariño se enrecia. Las torrenteras de las penas y las contrariedades no son capaces de anegar el verdadero amor: une más el sacrificio generosamente compartido"<sup>23</sup>.

El amor es fuerte únicamente cuando es incondicionado, cuando está más allá de la experiencia, cuando no pide otra recompensa que la existencia del amor mismo. Cuando en lugar de pedir..., da.

Algunos apenas mencionan la íntima vinculación que la lealtad tiene con el amor. En ocasiones se oye hablar de la "lealtad" del esposo infiel que no oculta sus infidelidades. Pero la verdadera lealtad está en que la limpieza de la unión no se manche ni la fidelidad se rompa.

El hombre es libre para ofrecer su amor. Mas una vez ofrecido no tiene otros derechos que servir con fortaleza y lealtad a ese amor y encontrar en el amor mismo su recompensa. Cuando de un modo permanente el hombre ha llegado a esta situación, puede decirse que "está en el amor". El diseño del amor en el matrimonio puede reducirse a la evolución que ha de llevar al hombre desde el amor que pide una retribución inmediata al amor incondicionado, cuya recompensa es la existencia del amor mismo.

La permanencia del amor, que es garantía de la permanencia de los valores familiares, no tiene otra garantía que la participación en un concepto claro del amor y la aceptación gozosa de sus exigencias.

Pero no nos engañemos. El hombre, cada hombre; la mujer, cada mujer, son seres demasiado frágiles para que en ellos se pueda depositar la confianza absoluta de un amor siempre creciente. No se trata ya de que uno se vaya con otra o una con otro, sino de que el amor puede ir naufragando poco a poco, aunque se mantengan las apariencias de la unión, a través de las pequeñas molestias, dificultades, frustraciones o simplemente rutina de la vida de cada día. El cansancio, el hastío y la amargura están a cualquier hora a la vuelta de la esquina. Una actitud auténticamente religiosa que vea en la persona amada el gran regalo que Dios le ha hecho es la mejor garantía de que el amor, en lugar de irse

---

23. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 91.

deteriorando, aumentará cada día en calidad y hondura. El matrimonio cristiano se nos presenta con una gracia especial para su permanencia.

Porque, efectivamente, si la buena educación en su apariencia superficial, y la caridad en su sentido más profundo, nos piden que pasemos por alto y “comprendamos” las deficiencias de nuestros prójimos, de los que están próximos a nosotros, resulta verdaderamente absurdo que los esposos no sean capaces de pasar por alto las debilidades y deficiencias de la persona que cada uno escogió como partícipe de su vida.

El amor tiene condición de origen respecto de la familia, puesto que ésta nace de la decisión amorosa de unirse un hombre y una mujer. Pero el amor continúa operando a lo largo de toda la vida familiar como algo puesto por la naturaleza y, pensando cristianamente, por algo puesto por Dios.

Los padres aman naturalmente a los hijos, los hijos aman a sus padres, y ésto porque sí, con anterioridad a toda preocupación personal. Pero este amor, aun siendo algo connatural a la persona y a la vida humana, se agostaría y llegaría a morir si los padres no se preocuparan de cultivarle y cuidarle. Y el cuidado del amor consiste en dedicarse efectivamente, de hecho, con obras, al servicio de la persona amada. De aquí la experiencia que todos tenemos de que cuanto más un padre y una madre se entreguen el servicio de sus hijos más honda y entrañablemente los van queriendo. Y al contrario, en la medida en que los padres se apartan del deber de cuidar a sus hijos, el amor natural que hacia ellos habían de tener va menguando constantemente. Otro tanto podemos decir del amor matrimonial; nace, a veces no se sabe por qué, entre un hombre y una mujer, y fundamenta la decisión de unir sus vidas. Pero este amor inicial ha de ser cultivado con cuidado, con dedicación constante, con obras y manifestaciones continuas de ayuda, de comprensión de cariño del uno al otro. Cuando el amor conyugal alcanza la profundidad a que está llamado, sus consecuencias naturales son la suavidad interior, el descanso absoluto en el otro, la permanente, y a veces heroica, entrega de uno mismo.

#### 4. *La proyección en los hijos. Coherencia de conducta y estabilidad emocional*

En la Constitución *Gaudium et Spes* se dice que por medio del Sacramento del Matrimonio, “Cristo mismo se hace presente en

la vida de los cónyuges y los acompaña, para que puedan amarse mutuamente y amar a sus hijos”<sup>24</sup>. El amor matrimonial es condición indispensable para que cualquier estímulo educativo de la vida familiar alcance la eficacia debida.

El niño, y más adelante el muchacho y el joven, adquieren su propia visión del mundo y de la sociedad, tomando como elementos primarios lo que han visto en este pequeño mundo, en esa pequeña y cerrada sociedad que es la familia, en la cual el mundo de los adultos está representado en los padres. ¿Cómo podríamos pretender que los jóvenes lleguen a tener una visión armoniosa de la humanidad si su vida familiar ha sido un ejemplo constante de desuniones y desarmonías? Si pensamos que la unión y la armonía de los padres entre sí es el factor más importante del ambiente familiar, no resultará difícil comprender que el mejor regalo que se puede hacer a los hijos es el espectáculo continuado de la armonía conyugal, más concretamente, del amor entre los padres. Tal armonía fluirá espontáneamente en la mayoría de las ocasiones; en otras surgirá trabajosamente de la generosidad de los padres dispuestos a sacrificar el uno por el otro sus opiniones, sus gustos y sus deseos. Con toda razón en el Documento presinodal se habla de la exigencia de amor conyugal que ha de ser mantenido con esfuerzo<sup>25</sup>. La armonía de los padres tiene valor de fundamento para la formación de un concepto constructivo del mundo en el alma de los jóvenes. En la irradiación de su propio amor los padres pueden crear un ambiente de afecto y seguridad<sup>26</sup> que se reflejará después en la vida de los hijos.

La armonía entre los cónyuges se manifiesta en la estabilidad de la conducta que, a su vez, tiene una doble expresión: la coherencia personal entre el aludido concepto del amor y el trato con la persona amada y el equilibrio emocional propio de la madurez afectiva.

La investigación experimental ha puesto de relieve que uno de los factores más negativos para la adaptación familiar de los hijos es precisamente la inestabilidad de los padres<sup>27</sup>.

Tal vez valga la pena recordar una investigación —no rectificada—, en la que el campo de estudio fueron los escolares madrileños entre las edades de 10 y 15 años; en sus resultados se puso

24. *Gaudium et Spes*, n. 48.

25. Cfr. SÍNODO DE LOS OBISPOS, o. c., p. 21.

26. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 52.

27. V. GARCÍA HOZ, *Inadaptación familiar de los estudiantes*, en “Rev. Española de Pedagogía”, 75 (1961), p. 232ss.

de manifiesto que la madurez y estabilidad emocional de los padres es el rasgo más interesante para la adaptación familiar de los hijos.

Adviértase que no se trata únicamente, de las reacciones emotivas de los padres frente a sus hijos, sino de todas las reacciones emotivas de aquéllos. La madurez emocional implica una doble capacidad: la de emocionarse ante una situación que justifica la emoción y la de dominar las reacciones emotivas desorbitadas. Sólo en la medida en que los padres responden adecuadamente a las situaciones se puede decir que tienen madurez emocional. La adquisición de este tipo de madurez por parte de los hijos viene determinada fuertemente por la de aquéllos que son mirados como educadores, especialmente por los padres. Todas las manifestaciones familiares, en ocasiones grotescas y a veces dramáticas, en las cuales los padres dan el triste espectáculo de no saberse dominar, son otros tantos estímulos negativos que influyen, tal vez con mucha gravedad, en la educación de los hijos.

Cuando se habla de equilibrio emocional no se trata de definir el tipo de emotividad que en los padres sea más conveniente para la educación de los hijos. Un tipo muy emotivo tiene sus ventajas y sus inconvenientes; otro tanto puede decirse de los poco emotivos; incluso los de emotividad media o emotividad compensada tienen también sus pros y sus contras. Se trata fundamentalmente de que los padres se preocupen por adquirir coherencia en las reacciones subjetivas frente a los objetos y frente a las situaciones. Poca cosa hay tan desintegradora en la formación de la personalidad juvenil como el no saber a qué atenerse frente a las reacciones emocionales imprevisibles de los padres que unas veces se alteran por minucias y otras permanecen tranquilos ante situaciones verdaderamente graves.

##### 5. *Influencia generalizada e influencia específica de la familia*

Dada la extensión y profundidad de la influencia de la familia, parece razonable distinguir un tipo de influencia que se extiende a toda la vida y a todas las manifestaciones de la persona y que por tanto es muy difícil de precisar; es la influencia generalizada de la familia. Junto a ésta se puede hablar de influencias específicas que inciden en determinadas manifestaciones de la persona y de la vida humana<sup>28</sup>.

28. Cfr. W. J. CAMPBELL (ed.), *Scholars in context*, Willey and Sons, Sydney 1970.

La influencia generalizada es consecuencia de la acción de todos los factores que intervienen en la vida familiar. Ni se puede atribuir a éste o a otro, al padre, a la madre, a los hermanos, al clima moral de la casa, ni tampoco se puede afirmar que sea una influencia en el mundo de los conocimientos, de las actitudes o de las decisiones; es, remachémoslo, la influencia generalizada que arranca de todas partes y se extiende en todas las manifestaciones de la vida. Usando una terminología en boga, podríamos considerarla como el resultado de la influencia de la familia en tanto que ecosistema y configura en sus miembros un peculiar modo de ser y de reaccionar.

Las influencias específicas son aquellos influjos familiares que, o bien proceden de determinados componentes de la vida familiar, y así se puede hablar de la influencia del padre, o de la madre, o de los hermanos; o bien se manifiestan en un ámbito particular de la vida, y así se puede hablar de la influencia de la familia en la adquisición del lenguaje, en los criterios morales, en el modo de vestir.

#### 6. *Influencia generalizada. La actitud ante la vida*

Si la influencia generalizada se pudiera concretar de algún modo tal vez podría decirse que su manifestación más genuina es la actitud, también generalizada, del hombre ante la vida.

En un reciente trabajo realizado con motivo del Año Internacional del Niño se planteó el problema de si la influencia de la familia llegaría a condicionar una actitud generalizada respecto de la vida que se mantuviera a lo largo de la existencia del hombre<sup>29</sup>. La cuestión se concretó en el intento de ver si hay evidencia empírica entre la experiencia que uno tiene de su propia vida familiar y si se corresponde de algún modo con la valoración que se hace de la vida en general.

Las conclusiones no se refieren tanto a la extensión y profundidad de la influencia generalizada de la familia, cuanto a si hay evidencia suficiente para justificar posteriores investigaciones acerca de las distintas características, modalidades y posibles causas de dicha influencia.

El trabajo citado permite dar una contestación afirmativa a la cuestión planteada; es decir, por lo que se puede inferir del grupo

---

29. V. GARCÍA HOZ, *Influence Generale de la Famille*, Fondation Internationale de la famille, I.D.F. Année Internationale de l'Infance, 1979 (Texte français, espagnole et anglais).

analizado, hay una asociación positiva entre la experiencia de la propia vida familiar en la infancia y la valoración de la vida en general. En otras palabras, que quien tiene la vivencia como una infancia feliz, tiene a su vez tendencia a considerar la vida como una realidad predominantemente satisfactoria, mientras que quienes piensan que han vivido una infancia desgraciada tienen tendencia a ver la vida como algo predominantemente triste.

Debe quedar bien claro que la evidente asociación entre la experiencia de la vida familiar en la infancia y la valoración de la vida en general es un elemento condicionante que no quita la posibilidad, aunque sea remota, de que tras una infancia desgraciada se llegue a valorar la vida en su sentido más positivo, y recíprocamente, tras una infancia feliz, se valore la vida como una cosa más bien triste. Estos hechos parecen indicar que la vivencia de la vida infantil de ningún modo ahoga la libertad del hombre.

Aunque en estrictos términos científicos la correlación o la asociación, expresada en un índice de contingencia tal como el obtenido en el mencionado estudio, nada dice respecto de la posible casualidad en la relación de los factores asociados, dado que la experiencia de la vida familiar es anterior al concepto y valoración de la vida en general y que éste es un conocimiento y actitud a que se llega después de una experiencia de años, se puede aventurar que la vida familiar satisfactoria es causa o factor de que se haga una valoración positiva de la vida en general.

En el supuesto anterior, como una actitud positiva resulta siempre estimulante, fluye espontáneamente la consecuencia de que es muy importante en la vida familiar que los niños se sientan felices. Claro está que la interpretación correcta de esta conclusión implica a su vez la interpretación correcta de qué es una infancia feliz. De aquí la conveniencia de identificar los factores que condicionan la felicidad en la infancia como una buena base para una actuación adecuada y eficaz en la familia que ayude a los seres humanos a enfrentarse con la vida como algo que merece la pena.

Justamente el intento de estudiar los factores que condicionan la felicidad en la infancia es entrar en el campo de las influencias específicas de la vida familiar.

#### *7. Influencias específicas de la familia*

Toda esta ponencia se apoya en la idea de que es fundamental el cultivo del amor en el seno de la familia. Y que el amor primero, componente de la familia y factor operativo a lo largo de la

vida familiar, es el amor entre los cónyuges. Tal vez no sea exagerado decir que la primera influencia específica de la familia o en la familia sea la proyección de los esposos en el amor a los hijos cuya consecuencia inmediata es la satisfacción de las necesidades psicológicas fundamentales: el deseo de seguridad, el sentimiento de dignidad y la necesidad de comunicación y amor.

Empecemos por esta última. Ya Spitz en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, puso de relieve la influencia del cariño maternal en la disminución de la vulnerabilidad patológica en los niños<sup>30</sup>. En una investigación realizada en España en la que se hizo objeto de experiencia la satisfacción de las necesidades psicológicas fundamentales, la de comunicación y amor, la de dignidad y la de seguridad, se puso de relieve que el "sentirse querido" era la necesidad más apremiante sentida por los niños<sup>31</sup>.

Ha de hacerse una puntualización a este último estudio. Como acabo de decir, aparece en primer lugar la necesidad de sentirse querido por parte del niño. Pero este sentirse querido ha de interpretarse como una vivencia en la cual la personalidad del hijo no quede como anulada o disuelta por el exceso de cariño paternal. En dicha investigación el "sentirse protegido" apareció en el último lugar de aprecio.

Entre el "sentirse querido" y el "sentirse protegido", que responden respectivamente a la necesidad de amor y a la de seguridad, se halla la necesidad de "sentirse respetado en sus iniciativas", que ocupa un lugar intermedio y expresa el sentimiento de dignidad inserto en la persona humana.

Vale la pena detenerse un poco en la paradoja de que los hijos aspiran a sentirse queridos pero estiman en poco el sentirse protegidos. La paradoja no se resuelve a menos que aparezca clara la idea de que el amor es entrega al otro, pero no suplantación de su personalidad. En el orden práctico, los padres, como principales educadores de sus hijos en lo humano y en lo sobrenatural, "han de sentir la responsabilidad de esa misión, que exige de ellos comprensión, prudencia, saber enseñar y, sobre todo, *saber querer*"<sup>32</sup>.

30. Cfr. R. SPITZ, *Hospitalism*, en "The Psychoanalytic study of the Child", I, Londres 1945.

31. Cfr. V. GARCÍA Hoz y otros, *Los padres ante las necesidades psicológicas de sus hijos*, en "Bordón", XXXI, 229 (1979), p. 245ss.

32. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 28 (El subrayado es mío).



Con razón se ha escrito que, en todas sus manifestaciones, en todos los casos imaginarios, "amar quiere decir aprobar"<sup>33</sup>. Amar algo o a alguna persona significa dar por bueno, "llamar bueno" a lo que se ama; es tanto como enfrentarse con una realidad y decir: "Es bueno que existas, es bueno que estés en el mundo".

Naturalmente, se trata de un decir no sólo con palabras, sino también con hechos y sobre todo con adhesión de la voluntad, porque también se puede pensar que las distintas manifestaciones del amor son modos de expresar o comunicar a quien se ama: "yo quiero que existas".

A la luz de las anteriores reflexiones fácilmente se comprende que el verdadero amor a una persona no se puede manifestar quitando posibilidades de ser o de obrar a la persona amada, sino justamente en el deseo de desarrollar y fortalecer el ser y las posibilidades de obrar de aquel a quien se ama. De aquí que el amor de los padres tenga una manifestación claramente positiva, eficaz; el fortalecimiento de la personalidad de los hijos. Es una degradación del amor el protegerles en exceso, con lo que se les quita la posibilidad de decidir, arriesgarse, esforzarse, luchar, manifestaciones inexcusables de una vida humana. En frase de San Agustín, Dios "juzgó que serían mejores sus servidores si libremente le servían"<sup>34</sup>.

#### 8. *Autoridad en la familia y libertad de los hijos*

Tal vez sea interesante en este momento hablar de las relaciones que tiene la libertad con la autoridad en la vida de la familia. Cuando se dice que a los hijos no se les debe proteger en exceso, antes al contrario hay que darles ocasiones de decidir, arriesgarse y afrontar la responsabilidad, se está indudablemente hablando de estímulo al desenvolvimiento efectivo de la capacidad para usar la libertad responsable. En esta formación para la libertad es indispensable el ejercicio de la autoridad paterna, aunque una mirada superficial pudiera verlas contrapuestas.

Antes me he referido al deseo de seguridad que todos tenemos. Uno de los servicios primero, y más importantes, que la familia puede, y debe, prestar al ser humano es desarrollar en él el sentimiento de seguridad, es decir, la conciencia de hallarse o buscar una situación en la que razonablemente está afianzada la continuidad de su ser. Sin un razonable sentimiento de seguridad el

33. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1976, p. 436.

34. SAN AGUSTÍN, *De vera religione* XIV, 27, PL 34, 134.

hombre camina vacilante, inquieto, irresoluto, inseguro, en fin de cuentas, lo cual vale tanto como decir que anda por la vida con moral de derrota, es un "ser arrastrado" por las circunstancias.

El germen del sentimiento de seguridad lo encuentra el niño principalmente en la relación con la autoridad paterna por dos razones principales: En primer lugar, porque el sentimiento de seguridad se desarrolla cuando uno vive en una situación ordenada de tal suerte que puede saber qué es lo que debe hacer y es también consciente del desarrollo de los acontecimientos en el futuro inmediato; una vida sin orden es el fundamento principal del desconcierto, del no saber qué hacer o dónde se está, de la inseguridad. En segundo lugar, porque la simple superioridad física propia de los adultos, y especialmente del varón, ofrece la imagen más adecuada para que la mentalidad infantil encuentre en el padre el punto en el que apoyar su sentimiento de seguridad.

También en renglones anteriores se alude al sentimiento de dignidad. La autoridad del padre, bien ejercida, ofrecerá al hijo una imagen precisa y eficaz para ir formando su propio concepto de lo que es y exige la dignidad humana.

Claro está que la misión de enseñar a administrar la libertad se apoya, ante todo, en el ejemplo vivo de quienes la ejercen. Pero es menester también la enseñanza en sentido estricto, la comunicación, porque la capacidad de administrar la libertad se adquiere mediante el desarrollo de actitudes adecuadas que surgen del ejemplo de los mayores y del ambiente de la vida familiar pero alcanza su fundamento propiamente humano cuando se apoya en un criterio, objetivo y propio del hombre. La autoridad paterna tiene aquí también un finísimo quehacer: ofrecer ideas, dar razones, argumentos con base humana y sobrenatural, a fin de que los hijos adquieran criterios sólidos y claros para valorar las cosas, las situaciones y las personas.

El desarrollo de la personalidad y la capacidad para administrar la libertad se hallan estrechamente vinculados a la imagen que los otros tienen de uno mismo. Si en quienes nos rodean percibimos la idea de que somos personas merecedoras de respeto y confianza insensiblemente se crea en nosotros el deseo de serlo cada vez más. De aquí el interés pedagógico de la educación en la confianza; que los padres confíen de verdad en los hijos, sin miedo a que en alguna ocasión la confianza se pueda ver defraudada. En todo caso, esta frustración tendría carácter excepcional y sería un motivo, concreto y punzante, para que el joven reflexionara. Sin abdicar de su condición de padre, puede contribuir eficazmente a

que el hijo se vaya creando, con perfiles cada vez más netos, la imagen del padre amigo.

En la sociedad de hoy se puede percibir sin dificultad una como actitud generalizada contra la actuoridad familiar en tanto que definidora y sostén de un orden que deben aceptar los miembros de la familia. Hay un patente deterioro de la autoridad paterna como consecuencia de unas ideologías y actitudes que se enfrentan con ella, que la desconocen o rechazan. Sin embargo, no parece muy aventurado decir que la principal causa de tal decadencia está en los mismos padres que hacen dimisión de su autoridad por comodidad, por miedo —¡cuánto hay que hablar del miedo a los hijos!— o porque no tienen conciencia del cuidado con que ha de ser ejercida, teniendo en cuenta el amor y el respeto que se merecen los hijos y poniendo por delante el amor y el respeto que merece de un modo singularísimo la persona con quien se está unido en matrimonio.

He hablado de comodidad en los padres. La verdad que en este campo se puede ser injusto. Pero no hay que olvidar que la tarea de la crianza y la educación de los hijos es penosa, difícil, lenta. Exige mucho amor y espíritu continuado de sacrificio, capacidad de lucha contra el cansancio y el tedio que puede asomar tras la obligación de realizar casi continuamente las mismas cosas. Más aún, en la educación para la libertad, es menester estar dispuesto a recibir con paciencia —con mucha paz se podría también decir— el mal uso que de la libertad harán repetidamente los hijos. Tal vez este quehacer sea de los que requieren una clara conciencia de que la vida del hombre se desenvuelve en el tiempo, y con el tiempo hay que contar para resolver sus problemas<sup>35</sup>.

Comentando las enseñanzas de Monseñor Escrivá de Balaguer respecto de la educación y el quehacer educativo, Francisco Ponz, entonces Rector de la Universidad de Navarra, escribía las siguientes:

35. Particularmente debo decir que a mí me sirvió mucho la anécdota que me contaron de un niño que fue por primera vez a la escuela. Tras de la primera jornada escolar volvió a la casa donde se le esperaba con la natural expectación de ver cómo había reaccionado frente a las variadas situaciones que sin duda le habría ofrecido su primera experiencia escolar. Al niño le hicieron muchas preguntas y el niño contestaba... que la maestra le había tratado muy bien..., que había jugado mucho..., que le habían dado estampas y cubos y maderitas para jugar... Y cuando alguien le preguntó “¿has aprendido mucho?”, el niño contestó con toda seriedad: “No. Tengo que volver mañana”. Valdría la pena que cualquier persona con responsabilidad, natural o profesional, en la educación se haga cargo de que para alcanzar un objetivo verdaderamente interesante, es necesario “volver mañana”. Los cristianos tenemos la gracia y el ejemplo de Jesús que “cansado del camino” continuaba su obra de salvación (Cfr. Ioh IV, 6ss).

tes palabras: "Libertad y responsabilidad, libertad y autoridad, confianza y desvelo, cariño y fortaleza, amistad y respeto: pares de elementos que han de conjugarse adecuadamente en cualquier acción educativa, que deben complementarse mutuamente para que la personalidad pueda desarrollarse con la mayor plenitud"<sup>36</sup>. Precisamente una de las características de la educación familiar es servir de ámbito donde la personalidad se afirme de un modo más patente. En la familia un hijo nunca se despersonaliza para convertirse en un simple número, cosa que a veces acontece —paradójica y tristemente— en las propias instituciones escolares. La familia, en afortunada expresión de Pedro Juan Viladrich, es una comunidad natural en la que se nace, se vive y se muere "como persona".

Operativamente, el amor de los padres a los hijos se manifiesta, no en la evitación de esfuerzos y actividades, sino en el estímulo y orientación de la actividad y de las relaciones de los hijos, con lo cual entramos ya en otra influencia específica de la familia.

#### 9. *Orientación de los hijos: Actividades, criterio, relaciones*

La investigación experimental del contenido de la vida familiar puso de relieve hace una treintena de años que la acción educativa típica de la familia es la orientación, más que la enseñanza sistemática<sup>37</sup>. Por otra parte, en un estudio que se está llevando a cabo sobre los factores condicionantes de la felicidad infantil ha surgido en primer término la actividad como el factor cuasi universal de la alegría infantil.

La actividad es una necesidad absoluta del hombre en tanto que tiene un organismo biológico y es persona humana. Durante varias de las décadas pasadas se han ido acumulando, desde diversos sectores, datos demostrativos de que el niño, desde el nacimiento, busca estimulación procedente del exterior e incluso se esfuerza por obtenerla. De hecho, esta búsqueda es considerada actualmente como una tendencia motivadora no distinta de la representada por el hambre, analogía que no resulta muy alejada de la realidad. Al igual que el cuerpo precisa de alimento para crecer, la estimulación es necesaria para proporcionar a los sentidos

---

36. F. PONZ PIEDRAFITA, *La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, en "En memoria de Mons. Escrivá de Balaguer", col. NT, EUNSA, Pamplona, 1976, p. 93.

37. Cfr. V. GARCÍA Hoz, *Principios de Pedagogía Sistemática*, Rialp, 9.ª ed., Madrid 1978, p. 443ss.

“materiales en bruto” requeridos para la maduración de los procesos perceptivos, cognoscitivos y sensomotores<sup>38</sup>.

Las cuatro formas fundamentales de actividad humana, juego, lucha, estudio y trabajo, se manifiestan desde las primeras semanas de la vida del niño que desarrolla una actividad creciente para buscar las estimulaciones necesarias a que aludi antes y es también agente de actividad mental en un proceso de “asimilación mediante esfuerzo” de los estímulos ambientales, a fin de conseguir y fijar en su interior los esquemas del mundo que le rodea. Incluso, se ha llegado a afirmar que una tendencia central de la vida del lactante es “el proceso activo de formación de hipótesis y comprobación de hipótesis”<sup>39</sup>.

La acción de los padres consiste en estimular y orientar la actividad de sus hijos seleccionando situaciones y material de juego y trabajo y procurando reforzar el factor específicamente humano de la actividad, es decir, la reflexión. No debe olvidarse que la actividad externa es propiamente humana cuando viene a culminar un proceso de valoración y elección por parte del sujeto. El niño se va haciendo hombre a medida que va siendo capaz de juzgar y conocer no sólo el qué y el cómo sino el porqué y el para qué de sus actos. En otras palabras, en la medida en que va adquiriendo criterios.

No reprimir la actividad, pero sí detenerla de cuando en cuando para ayudar al niño a pensar sobre lo que hace, a descubrir su sentido, a seleccionar la actividad más interesante. El remate cristiano de este proceso está en el descubrimiento del sentido sobrenatural, del valor divino de las actividades humanas y en especial del trabajo<sup>40</sup>.

La actividad, como la propia vida, tanto la del niño cuanto la del adulto, implica necesariamente relaciones. Desde otro punto de vista, la persona es una realidad abierta que para realizarse exige la comunicación. De aquí la necesidad de plantearse también el problema de las relaciones como elementos imprescindibles de

---

38. B. STERN, *La primera relación madre-hijo*, Morata, Madrid 1978, pp. 89-90.

39. Cfr. J. F. BRUNER, *The ontogenesis of speech acts*, en “Journal of Child Language”, 2 (1975), pp. 1-19.

40. Véase para el tema de la santificación del trabajo, una de las constantes de las enseñanzas de Monseñor Escrivá de Balaguer, todos sus escritos y en especial *Es Cristo que pasa*, nn. 45-54 y *Amigos de Dios*, nn. 57-61. El libro de J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, “Cuadernos Palabra”, n. 1, 4.ª ed., Madrid 1974, es un excelente estudio de este tema.

la vida del niño y también como componentes de la vivencia de la felicidad infantil.

La relación objetiva con las cosas, la relación social con los otros, la relación trascendental con Dios, son los niveles a que debe hacerse referencia en la formación de los hijos.

La sobriedad y el orden aparecen como las características más valiosas para que las relaciones objetivas, con el mundo de objetos, tenga valor humano.

La colaboración y ayuda, fundada en la generosidad y en la disposición de servicio a los otros, son tal vez los rasgos típicos y más valiosos en la relación con los demás<sup>41</sup>. Pensando cristianamente “no podemos concebir nuestra vida como la afanosa preparación de un brillante *curriculum*, de una lucida carrera. Todos hemos de sentirnos solidarios y, en el orden de la gracia, estamos unidos por los lazos sobrenaturales de la Comunión de los Santos”<sup>42</sup>. La educación familiar no queda encerrada en el marco de la vida individual de cada uno de sus miembros; la familia es “la primera escuela de las virtudes sociales”<sup>43</sup>.

#### 10. Los hermanos y las familias numerosas

Llegados a este punto, es obligada una referencia al papel de los hermanos en la educación. El hombre se halla en el cruce de dos tipos de relaciones sociales, las de desigualdad entre la autoridad y los miembros de la comunidad, y las de igualdad de los miembros entre sí. Las primeras están representadas en la familia por la relación padres-hijos; las segundas están representadas por los hermanos. Si éstos faltan, se origina una situación carencial difícilmente remediabile. Este es el gran valor de los hermanos<sup>44</sup>. Este es el gran valor de las familias numerosas, fruto del amor generoso que genera la fortaleza necesaria para afrontar las posibles dificultades materiales de una paternidad numerosa. “Los padres se recordarán a sí mismos que es menor mal negar a sus hijos ciertas comodidades y ventajas materiales, que privarles de la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarles a

41. Véase una obra bien interesante, la de D. ISAACS, *La educación de las virtudes humanas*, EUNSA, Pamplona 1975.

42. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 76.

43. Decl. *Gravissimum educationis*, n. 3.

44. Véase los interesantes trabajos de J. GARCÍA YAGÜE, en *Familia y educación* sobre la influencia de los hermanos. No se puede tampoco olvidar la influencia que en la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas tiene la falta de generosidad de los padres que prefieren un coche nuevo a un nuevo hijo.

desarrollar su humanidad y realizar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad", afirmó Juan Pablo II en el Capitol Mall de Washington<sup>45</sup>.

Vale la pena darse cuenta de que la necesidad de tener hermanos se cubre, obvio es decirlo, con mayor riqueza de posibilidades y matices cuanto más numerosa sea la familia. Dificilmente puede uno o dos hermanos solamente ofrecer la variedad de incitaciones que se dan en las relaciones personales. Pero hay otra razón más importante: el testimonio vivo de generosidad ante la vida por parte de los padres y la posibilidad continuada, casi ilimitada, de dar y recibir ayuda por parte de los otros.

Pienso que no se han valorado suficientemente dos hechos: Por una parte la influencia que en un niño de cuatro o seis años tiene un hermano de veinte, en el cual se ve ya el comienzo de la plenitud del adulto y que para su hermano pequeño es un ejemplo de fuerza y saber siendo al mismo tiempo hermano, es decir, igual. Y por otra parte, el depósito de riqueza espiritual que en un muchacho de veinte años, con cuatro, cinco, o seis o más hermanos, han ido formando la cantidad de pequeñas o grandes atenciones, ayudas y aun sacrificios que le ha ido exigiendo su trato dentro de la familia. Sobre estos hechos fácilmente se comprende que en determinadas ocasiones una palabra del hermano mayor o una "debilidad" de un hermano más pequeño tienen más eficacia formativa que una actuación del padre o de la madre.

En la medida en que la familia refleja la dinámica de la sociedad en que vive, sería un pálido reflejo de la comunidad humana si sólo hubiera padres y un número excesivamente corto de hermanos. Porque en esta situación podría convertirse en una comunidad exclusivamente coadyuvante en la cual se protegiera excesivamente a sus miembros menores, es decir, a los hijos, mientras que cuando son numerosos los hermanos, el carácter competitivo de la sociedad humana refleja en las relaciones fraternales en las que hay competencia sin que se rompa la solidaridad. Magnífica lección que podríamos aprender los adultos para ser capaces de aceptar y comprender las diferencias con los otros sin por eso sentirnos extraños ni mucho menos enemigos de los demás.

Otro especial valor de las familias numerosas es que ellas exigen perentoriamente una distribución de tareas en la vida familiar. Para que la casa vaya adelante es necesario el esfuerzo de todos; cada hijo ha de tomar su propia responsabilidad en la me-

45. JUAN PABLO II, *Homilía en el Capitol Mall*, Washington, 7-X-1979, o. c., n. 241.

dida de su nivel de desarrollo personal, y también ¿por qué no? en la medida de sus aptitudes y sus gustos.

Finalmente, y aunque el tema debe tratarse con mucha delicadeza, no me resisto a hacer mención de la influencia que en la floración de vocaciones sacerdotales y religiosas tienen las familias numerosas. El ambiente de sacrificio alegre y esfuerzo común, propio de una familia cristiana numerosa, es sin duda un fuerte condicionante para el despertar de una vocación de entrega total a Dios. No conozco trabajos en este sentido, pero pienso que sería muy ilustrativo el estudio de la asociación, que a mi parecer existe, entre las vocaciones sacerdotes y religiosos y el número de hermanos de la familia a que pertenecen, asociación que incluso se podría expresar en términos cuantitativos.

No parece que cueste trabajo admitir la misma visión egoísta de la vida —apegada a lo material— es un gran obstáculo para que existan familias numerosas y es al mismo tiempo un gran obstáculo para que nazcan vocaciones sacerdotales. En términos positivos; la actitud de generosidad y el aprecio por lo espiritual constituye la mejor base tanto para aceptar todos los hijos que Dios quiera enviar cuanto para responder a la llamada especial de Dios que pueda hacer a alguno de ellos.

Y con esto entramos en la relación que da profundidad y peso a las actividades humanas y a la vida entera, la relación que se establece con Dios.

### 11. *Educación en la fe*

De intento se ha dejado para tratar en último lugar la orientación de los miembros de la familia en su vida de fe, precisamente porque la relación con Dios constituye el coronamiento de la formación humana, en la que encuentra el hombre el sentido último de sus actos.

El magisterio de la Iglesia expresado en la exhortación apostólica "*Catechesi tradendae*" hace una invocación a "la calidad de la enseñanza religiosa integrada en la educación de los alumnos"<sup>46</sup>. Es ésta una idea en la que habría de insistirse constantemente. *La educación en la fe no se puede realizar con eficacia a menos que se integre en la educación total del hombre.*

La educación es un proceso único, porque única es cada persona y en cada acto, por nimio que parezca, se proyecta la perso-

---

46. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Catechesi tradendae*, 16-X-1979, o. c., n. 251.



nalidad entera del sujeto que obra. De aquí la necesidad de una escuela en la cual la enseñanza de la religión dé sentido y justificación última a todas las enseñanzas. De aquí también el que la educación en la fe dentro de la familia se considere no como algo que se realiza en un momento y con unos medios determinados sino como algo integrado en la ordinaria vida familiar.

Un ejemplo de la interacción vida familiar-creencias religiosas se halla en un hecho semejante al apuntado cuando se mencionó la asociación entre la experiencia de una vida feliz y la actitud generalizada frente a la existencia humana.

En más de un estudio se ha puesto de relieve que también la vivencia de la una infancia feliz condiciona positivamente la solución satisfactoria de las posibles dudas religiosas que frecuentemente se dan en la adolescencia<sup>47</sup>. Por otra parte, es de vital importancia en la catequesis familiar hacerse cargo de la diferente receptividad de los hijos cuando son niños y cuando dejan de serlo para entrar en la adolescencia y en la juventud. Como la fe viene de lo que se oye, si en la familia se ha de educar en la fe es menester que los padres enseñen. Esta enseñanza será recibida sin dificultad en la infancia, pero será sometida a crítica, como todos los contenidos de la vida, cuando se llega a la adolescencia. La catequesis familiar comienza en los primeros años de la vida del niño con sencillas conversaciones sobre la existencia y el amor de Dios, de la Virgen, de los Santos. Para la adquisición de las ideas y hábitos religiosos iniciales basta a los pequeños con extrapolar el conocimiento que tienen de sus padres y de las personas que les rodean. Estas primeras ideas han de ir poco a poco haciéndose objeto de explicación adecuada para que se vaya comprendiendo lo razonable que es, supuesta la limitación humana, aceptar las fuentes de conocimiento y de vida que están por encima de las fuerzas del hombre.

El proceso de la educación en la fe arranca de la aceptación sencilla, sin problemas, de las verdades de la fe, que se realiza sin dificultad alguna en los primeros años de la infancia y debe terminar en la aceptación gozosa y libre de la existencia y la voluntad de Dios como razón de ser de la realidad y de la vida. Quiero llamar la atención sobre esta cualidad de aceptación libre, porque también para la formación religiosa vale la idea de que el amor

---

47. J. HERNÁNDEZ ALONSO, *Aportación al estudio de la vida religiosa en el adolescente*, Tesis doctoral mecanografiada presentada en la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, 1974, p. 94ss.

y la comunicación de los padres no debe anular la personalidad de los hijos.

No es ésta la ocasión de entrar en un examen detallado de las posibilidades y técnicas de la enseñanza religiosa en la vida familiar. Baste decir que se ha de entender principalmente como una consecuencia natural del trato con los hijos, con quienes los padres han de vivir la vida propia de los hijos de Dios.

La plegaria en común, oraciones al despertarse y al acostarse, bendición de la mesa, rezo y contemplación del Rosario, asistencia a actos litúrgicos en la iglesia, especialmente a la Santa Misa, son ocasiones entrañables de la vida familiar que a veces con explicaciones y otras sin ellas van empapando el mundo de los conocimientos y de los hábitos propios de los niños. Si a esto se añade la conversación sistemática y explícita de los contenidos religiosos implicados en las fiestas familiares, en las fiestas litúrgicas, en la recepción de Sacramentos, tendremos diseñada a grandes rasgos la catequesis familiar adecuada para la infancia. Para completar este esbozo habría de decirse que es responsabilidad de los padres buscar una entidad, la Parroquia, la Escuela, donde los hijos reciban una enseñanza sistemática que termine en, vale la pena subrayarlo en nuestros días, el aprendizaje del Catecismo. En el caso de que por cualquier circunstancia las entidades aludidas no pudieran cumplir esta misión, entonces estaríamos frente a la necesidad de que los propios padres se planteen una enseñanza sistemática dentro de la familia.

Pero las cosas se complican cuando el hijo empieza a dejar de ser niño. Las mismas características psicológicas de la adolescencia con el despertar de la actitud y la capacidad crítica y la influencia social del ambiente y de las relaciones que establecen los propios adolescentes, impone el estudio de los factores ambientales como factores intervinientes en la formación o deformación religiosa de la juventud.

Una idea debe quedar bien clara en relación con la formación de la fe en los que han dejado de ser niños: la dificultad de que la familia sola pueda llevar adelante una educación adecuada. Necesita buscar la colaboración de una institución escolar, o entidad supletoria en el caso de que no haya una escuela, con orientación cristiana en la que la enseñanza de la Religión se halle integrada en los demás campos de estudio, hecho al que antes aludí <sup>48</sup>.

---

48. De ningún modo ha de entenderse que la acción de un centro escolar exime a los padres de la responsabilidad, primera y principal, en la educación de sus hijos.

Alguna investigación exploratoria ha puesto de relieve, con alguna mayor precisión una idea bastante generalizada, la incidencia que cualquier enseñanza tiene en la vida de fe.

Partiendo de que la fe no destruye la razón sino que la perfecciona, se pueden ver en dos direcciones las relaciones entre la razón y la fe. Como una dirección de lo natural a lo sobrenatural y como una dirección de lo sobrenatural a lo natural.

La primera de las direcciones señaladas, de lo natural a lo sobrenatural, implica el que dado que la fe es un "pensar"<sup>49</sup> fácilmente se comprende que "el conocimiento de la fe presupone el conocimiento natural"<sup>50</sup>, y puesto que la fe está en el "entendimiento" todo lo que sea desarrollar la capacidad de pensar y conocer es aumentar la capacidad para recibir la fe. Recíprocamente, en la dirección de lo sobrenatural a lo natural la fe viene a ejercer una influencia clara en la formación intelectual. En primer término como justificación última y fundamento del sentido de todo el edificio espiritual; en definitiva, todos los saberes humanos tienen su sentido en la medida en que sirven para la realización personal como frecuentemente se dice ahora; y justamente en la fe, cuyo objeto es la revelación, se halla "la garantía divina del mundo y de la salvación humana"<sup>51</sup>. La fe es también norma orientadora del saber humano, "en cuanto delimita el campo en que (la ciencia) puede moverse sin traspasar los linderos de la verdad y desproveerse, por ello, de su carácter científico"<sup>52</sup>. Finalmente, en no pocas ocasiones la fe orienta el rumbo de la razón a fin de que en su discurrir natural llegue a resultados más satisfactorios. Por estas razones no puede entenderse la formación religiosa, ni siquiera la enseñanza de la religión, sino como elementos esenciales de la educación sin los que la formación personal quede desintegrada.

Para precisar más la idea tal vez convenga distinguir la religión como conocimiento de la religión como vida. La enseñanza de la religión habrá de situarse en el campo general de la enseñanza de las distintas materias comprendidas en un plan de estudios, mientras que la religión como vida habrá de situarse en el campo específico de la orientación y formación.

49. SANTO TOMÁS, *S.Th.*, II-II, q. 2, a. 1.

50. SANTO TOMÁS, *De veritate*, q. XIV, a. 9 ad 8.

51. J. PIEPER, *Filosofía medieval y mundo moderno*, Rialp, Madrid 1973.

52. T. ALVIRA y T. MELENDO, *La fe y la formación intelectual*, EUNSA, Pamplona 1979, p. 75.

Vaya por delante que una enseñanza verdaderamente formativa, es decir, que alcance los objetivos de desarrollo intelectual y personal, tiene ya una influencia real, aunque no aparezca en la superficie, en la formación religiosa de los estudiantes y, más concretamente, en el aprendizaje de la religión. Porque, efectivamente, si una enseñanza a través de los objetivos de desarrollo contribuye a que un estudiante se haga más observador, buen lector, hombre reflexivo, firme en sus ideas, comunicativo, claro en la expresión y con personalidad operativa, ciertamente está poniendo las mejores bases para un buen aprendizaje de la religión. Porque Jesucristo no vino a anular o dejar inactiva la capacidad de conocer del hombre sino que quiso apoyar en ella la enseñanza y el conocimiento de las realidades sobrenaturales<sup>53</sup>.

Una auténtica formación intelectual es el mejor fundamento para llegar a ser consciente de que la fe no es algo irracional, indigno del hombre, sino un medio de ensanchar los límites de la propia vida humana. Pero el hecho de que el aprendizaje de las distintas materias, precisamente por ser aprendizaje, constituya una buena base para el aprendizaje de la religión, no debe hacernos olvidar la realidad de que es muy distinta, hay grados, en la relación entre las distintas materias y la educación en la fe.

En algunas exploraciones que se han realizado se han puesto de relieve que dentro de las materias comunes en la educación secundaria, por tomar una referencia de una educación general pero ya científica, tiene mayor incidencia en la formación religiosa por orden decreciente la Filosofía, la Literatura, la Historia y la Biología, quedándose las otras materias en una zona más lejana de relación<sup>54</sup>.

Pero no basta con buscar una institución escolar de orientación cristiana en la cual la programación de las distintas materias de enseñanza deje abierto el camino a la realidad sobrenatural. La educación de la juventud en la fe, en la familia y fuera de la familia, exige un conocimiento positivo, experimental, de los factores sociales influyentes en la vida.

---

53. Basta leer un poco despacio los Evangelios para encontrar en ellos constantes estímulos del Señor para que sus discípulos y oyentes observaran, leyeran, reflexionaran, trajeran a la memoria y en definitiva vivieran de acuerdo con sus enseñanzas. Se podría establecer toda una catequesis tomando como punto de referencia las constantes apelaciones del Señor para que los hombres ejerciten su capacidad de ver, oír, leer, identificar, asociar, traer a la memoria, hablar, preguntar, valorar y actuar.

54. FOMENTO DE CENTRO DE ENSEÑANZA. Documento de trabajo no publicado.

Tal vez sea interesante aquí hacer un inciso relativo a la investigación y la acción de los padres con objeto de evitar el doble riesgo de por un lado, pensar que un padre no puede hacer nada porque no sabe Pedagogía o Psicología o, por otro lado, pensar que los estudios científicos —de estudios serios se trata— no sirven para nada. Juan Pablo II en su alocución al III Congreso Internacional de la Familia manifestó que era menester “unir experiencias” de padres y de expertos. Nosotros podemos pensar que esta “unión de experiencias” es necesaria para huir de la petulancia de ciencias sesgadas por visiones alejadas de la realidad y para huir también de la presunción de quienes piensan resolver todos los problemas sobre la única base de su “buen sentido”<sup>55</sup>.

En orden a los estudios experimentales ha de hacerse una puntualización. El estudio positivo de una realidad no se puede interpretar como norma para actuar frente a la propia realidad, lo cual vale tanto como decir que hay que cuidarse de la trampa y distinguir entre norma estadística, que es puramente descriptiva, y norma moral —o incluso técnica— que es, o puede ser orientadora de una acción.

Por otra parte, es necester hacerse cargo que la influencia de los grupos sociales en los que se mueve un adolescente es muy distinta de los grupos sociales del mismo género en los que se mueven otros.

Concretamente, en los estudios relativos a los factores influyentes en la vida religiosa de los jóvenes, se ve con claridad la diferencia existente entre, por ejemplo, colegios en los cuales se estimula una formación religiosa de acuerdo con las normas del Magisterio y aquellos otros en los que la formación religiosa, que teóricamente sería la misma, responde a apreciaciones subjetivas de quienes tienen la responsabilidad de orientarla<sup>56</sup>.

Finalmente, valdría la pena hacerse cargo de cuáles son las ideas corrientes en la sociedad en que el estudiante vive a fin de que en la institución escolar se traten adecuadamente y los jóvenes vayan adquiriendo un criterio objetivo y propio que les lleve a una adecuada comprensión de la realidad y les inmunice contra visiones parciales y reduccionistas.

---

55. JUAN PABLO II, *Discurso al III Congreso Internacional de la Familia*, 30-X-1978, o.c., n. 3.

56. FOMENTO DE CENTROS DE ENSEÑANZA (Servicio de Estudios y Orientación Pedagógica), *Estudios sobre la reacción valorativa de los jóvenes*. Documento de trabajo no publicado.

## 12. *Síntesis. Conclusiones*

Referida esta ponencia a la tarea educativa de la familia parece que habría derecho a esperar algunas conclusiones "prácticas".

Si de tales posibles conclusiones se espera que tengan por sí mismas la capacidad de resolver un problema o una situación concreta, se ha de abandonar tal esperanza. La acción educadora resulta de la convergencia de un elemento objetivo, más o menos técnico, y del peculiar modo y uso para adecuarle en la concretísima situación que se quiere resolver. Este segundo elemento, el peculiar modo de utilizar un elemento intelectual o técnico, es un factor prudencial que depende de la persona del educador y con ésta hay que contar para cualquier actividad educativa. Hecha esta salvedad, entiendo que de la ponencia se pueden desprender, entre otras, las siguientes ideas susceptibles de orientar la acción educativa de la familia:

1. Las condiciones de la sociedad de hoy exigen un esfuerzo de la acción familiar para el normal desenvolvimiento del hombre.
2. Junto a la acción político-social en defensa de los derechos de la familia, se debe realizar una acción orientadora de la vida familiar misma. Esta acción tendrá como objetivo principal la formación de la conciencia de los padres.
3. Es esencial difundir un concepto claro de lo que es el amor. Sin olvidar los factores biológicos y sentimentales, es necesario reforzar la idea del amor como operación de voluntad.
4. El amor entre el marido y la mujer puede y debe ser desarrollado y fortalecido a lo largo de la vida matrimonial. La permanente voluntad de donación al otro influye también, aunque indirectamente, en los valores biológicos y sentimentales del amor.
5. El amor entre los padres es el primer ofrecimiento que deben hacer a los hijos. Los hijos adquieren la idea de una sociedad en la que es posible la armonía, la generosidad, la colaboración y la mutua ayuda, si estas situaciones y virtudes las contemplan realizadas en sus padres que, ante los ojos de los hijos, representan la sociedad de adultos a la que niños y jóvenes están llamados.
6. La coherencia entre las ideas y los actos así como la estabilidad emocional de los padres son factores condicionantes de una acción educativa familiar eficaz.

7. La experiencia de una infancia feliz condiciona positivamente un concepto de la vida como algo valioso y digno de ser apreciado. En consecuencia, hacer que los niños sean felices en la familia, debe ser un objetivo permanente de la educación familiar.
8. Entre las influencias específicas de la familia debe destacarse en primer término la satisfacción del deseo de seguridad en el niño mediante un amor incondicionado pero prudente. Los hijos necesitan sentirse queridos pero al mismo tiempo les es necesaria la vivencia de que no se les protege en exceso.
9. Puede y debe desarrollarse el sentimiento de dignidad, propio de la persona humana estimulando el despliegue de la personalidad de los niños, atribuyéndoles su parte de responsabilidad en la vida de la familia.
10. La relación de los padres con los hijos no debe tender a coartar la actividad de éstos, sino más bien a potenciarla orientándola adecuadamente.
11. Es también importante que los padres se ocupen de orientar las relaciones de sus hijos. Relaciones con las cosas, relaciones con las personas humanas y relaciones con Dios.
12. La orientación de los hijos en sus relaciones con las cosas tendrán como objetivo particular el que sean capaces de utilizarlas con sobriedad y orden.
13. En cuanto a las relaciones con los demás tendrán especial prioridad la de los hermanos entre sí. A través de éstas los hijos habrán de ir adquiriendo actitudes y hábitos de generosidad, espíritu de servicio y de combate contra el egoísmo, con lo que se pueden establecer eficaces relaciones de colaboración y ayuda. Estas mismas actitudes, iniciadas y cultivadas entre los hermanos, se extienden posteriormente a las relaciones de amistad y compañerismo.
14. Las relaciones con Dios, a las que apunta la formación en la fe, se plantearán como un camino que vaya desde la aceptación sin problemas en la infancia hasta la aceptación razonable y libre propia de la adolescencia y la juventud.
15. La formación en la fe dentro de la familia se realiza como una impregnación natural de las costumbres cristianas de la vida familiar, así como a través de la enseñanza incidental de los padres con ocasión de acontecimientos especiales, tales como fiestas familiares y religiosas.

16. La acción familiar, de trato y enseñanza no sistemática, habrá de ser completada por la colaboración de instituciones como la escuela y la parroquia, en las cuales la formación en la fe tenga un carácter sistemático. Esto no quiere decir que los padres puedan abdicar de sus responsabilidades en otras instituciones; siempre serán los primeros y más directos responsables en la formación sobrenatural de sus hijos.
17. Para la formación en la fe, especialmente cuando se llega a la adolescencia, es menester contar con la colaboración de una escuela orientada cristianamente en la cual la enseñanza de la religión ni se halle desgajada de las demás sino integrada en un plan general de estudios. Por la particular relación mutua entre las ciencias y la fe, se habrá de presentar especial atención a las enseñanzas de Filosofía, Literatura, Historia y Biología.
18. Es importante atender cuidadosamente a la formación intelectual de los jóvenes como el mejor fundamento para la aceptación racional de la fe, y al mismo tiempo la mejor defensa contra las ideologías reduccionistas que se cierran a la realidad sobrenatural.
19. Se debe exigir a las instituciones escolares que se llaman católicas que las enseñanzas de carácter religioso se acomoden totalmente al Magisterio de la Iglesia y no a criterios que pueden lesionar gravemente la formación intelectual, ética y religiosa de los jóvenes.